

¿Tiene aún sentido la carta sobre Le Sillon?

por

LOUIS SALLERON

## ¿TIENE AUN SENTIDO LA CARTA SOBRE LE SILLON?

Escribe Jean de Fabrègues en el libro que acaba de dedicar a *Le Sillon* (1): "La obra doctrinal de los hombres del *Sillon* parece hoy poco importante... Pero debe de serlo mucho, porque tres cuartos de siglo más tarde todo un mundo político vive aún de ella y en ella vuelve a encontrar las fórmulas de casi todo lo que se denomina la Acción Católica" (pág. 62).

En un artículo consagrado al libro de Fabrègues y publicado por *Forces Nouvelles*, semanario del Movimiento Republicano Popular, en el número del 9 de julio de 1964, Etienne Borne se refiere a la carta de Pí X sobre el *Sillon* con los siguientes términos: "La lectura de la carta es hoy verdaderamente insoportable. Su tono hinchado, sus acusaciones desmesuradas, sus invectivas violentas no abruman precisamente a Marc Sangnier". Y se nos explica que "Marc quedó vencido y no se repuso nunca más del terrible golpe. Pero ese vencido era invencible. Se le reprocharon las cosas más contradictorias: confundir lo espiritual con lo temporal, haciendo del cristianismo la fuente de la verdadera democracia (en el *Sillon* originario), y después, caer en el laicismo al buscar (en el llamado gran *Sillon*) los valores comunes de creyentes e incrédulos, para que reunidos, dejando las querellas pasadas, construyeran una ciudad justa y fraternal. Pero éstos son, en realidad, momentos de la misma dialéctica, reconocidos hoy por todos los filósofos cristianos, desde Blondel a Maritain, y por las más altas autoridades de la Iglesia. En efecto, la encíclica *Pacem in terris* parece refutar palabra por palabra a la carta sobre el *Sillon*".

Esta inesperada confrontación también es hecha, aunque más discretamente, por Georges Hourdin en un artículo publicado en *Le Monde*, de 22 de julio de 1964: "Siempre ha habido numerosas escuelas teológicas, que corresponden a las diversas necesidades de los tiempos. Para convencerse de ello basta leer, des-

---

(1) *Le Sillon de Marc Sangnier*, por Jean de Fabrègues (Librairie Académique, Perrin). Los números de las páginas que indicamos a continuación se refieren a este libro.

pués de la carta de Pío X sobre el *Sillon*, la encíclica *Pacem in terris*, dirigida a todos los hombres de buena voluntad."

En resumen, se dice que Marc Sangnier es simplemente un predecesor cuyas ideas están ya unánimemente admitidas por los católicos, hasta el punto de que Juan XXIII las hace suyas y las opone a las de Pío X.

Esto hay que verlo desde más cerca. Y para ello preguntamos: ¿Tiene todavía sentido la carta sobre el *Sillon*?

\* \* \*

Recordaba muy vagamente la carta *Notre charge apostolique*, o carta sobre el *Sillon*, del 25 de agosto de 1910, y he vuelto a leerla como si lo hiciera por primera vez.

Debo confesar que esperaba encontrarla caducada en su mayor parte, porque se refiere a un movimiento característico de una época ya lejana. Y como todo lo anterior a 1914 —actos de gobierno, episodios de la vida francesa— nos parece cosa de otro tiempo, creía que esta carta tendría sólo un valor de documento histórico, único mérito que aún conservaría. Pero, ¡cuánto me sorprendí al comprobar todo lo contrario! En efecto, muchos detalles denuncian la fecha de la carta, pero lo esencial permanece vigente hoy, hasta el extremo de que su alcance es mucho mayor hoy que cuando fue escrita.

He de confesar también que debería haber adivinado esto fácilmente. Pues si Étienne Borne, George Hourdin y tantos otros estiman que las ideas del *Sillon* triunfan plenamente hoy, es evidente que cuanto dijo Pío X sobre este tema sigue siendo importante. Pero, entonces, ¿significa la *Pacem in terris* que la doctrina ha cambiado? ¿Ha condenado Juan XXIII a Pío X, o ha sido condenado por éste? Esperamos que Étienne Borne nos dé la prueba de ello —esa prueba "cruelísimamente fácil", según asegurara. Por nuestra parte, demostraremos en pocas líneas que tal pretensión es ridícula e indecente.

\* \* \*

El drama del *Sillon* sólo consiste en lo siguiente: al principio, fue un movimiento esencialmente cristiano, terminando por ser un movimiento esencialmente político.

Al principio, Marc Sangnier no alentaba más que una idea: llevar el Evangelio al pueblo. Es verdad que ya entonces una ins-

piración democrática se mezclaba con su fe religiosa; pero aquélla apenas asomaba, y muchos de los que, subyugados por la elocuencia del fogoso apóstol, se unieron al movimiento quedaron indemnes de toda contaminación. Todos estaban animados por el mismo fervor, cristiano y católico. Eran apóstoles que insuflaban en los jóvenes que les seguían un entusiasmo apostólico. A sus propios ojos y a los de quienes los observaban, sólo eran cristianos animados por la voluntad de devolver a Cristo las masas populares apóstatas.

Es este carácter apolítico del *Sillon* el que Jean de Fabrègues prueba abundantemente en su libro, citando multitud de pasajes inequívocos extraídos del boletín del *Sillon*, cuyo primer número apareció el 10 de enero de 1894. En realidad, dicho boletín era una revista juvenil, variopinta, fundada principalmente sobre la idea de la acción y la camaradería. Pero a los veinte años la acción y la camaradería no implican una Filosofía particular, sino que forman la Filosofía de la juventud.

En los artículos del *Sillon* resuena la nota democrática, pero resuenan también muchas otras. Por ejemplo, escribe Paul Renaudin: "No nos llamamos demócratas porque aceptemos esa doctrina social..., sino porque nos parece que esa palabra designa el estado de alma de los *que aman al pueblo*, que han comprendido su miseria y su grandeza... Por esas masas anónimas corre la eterna savia rejuvenecedora... El porvenir está en la democracia. ¿Qué hay que hacer, entonces? Educar al pueblo... La democracia será cristiana, o no será nada" (pág. 26).

Estas declaraciones, que anuncian todo el futuro del *Sillon*, son muy importantes, sobre todo si se piensa que Renaudin es el redactor jefe de la revista; pero no entrañan aún una postura política. En cierto modo, no son más que variaciones sobre un tema platónico, puesto como epígrafe en la primera página de la revista: "Hay que llegar a la verdad con toda el alma". Por otra parte, se pueden encontrar en ella artículos y relatos que rinden homenaje al antiguo régimen, a la obra colonial, a los patronos (pág. 28). François Laurentie escribe un vibrante elogio de Louis Veuillot, que termina con estas palabras: "Para salir del atolladero burgués en que nos hemos metido hay que renunciar *sin añoranzas, sin segundas intenciones, a los principios de la Revolución*" (pág. 38). Se rechaza al socialismo, porque hay entre "los católicos y el socialismo" un "irreductible antagonismo" (pág. 40). Octave Humbert —que también es sillonista— predica "la corporación obligatoria" (pág. 41). Una serie de artículos sobre el patriotismo termina con la siguiente conclusión: "Hemos podido

inspirar con el amor (a la patria) la ley entera de nuestra vida" (pág. 46).

Todo esto puede parecer incoherente. Pero todo se explica fácilmente si se recuerda, como ya lo hemos dicho, que se trata de una revista juvenil, en la que se discute libremente de todo. Estos jóvenes están unidos por el cristianismo y por la voluntad de propagarlo. Experimentan la alegría de la amistad y se sienten dispuestos a conquistar el mundo. Tales fueron los hermosos tiempos del *Sillon*, como diría Pío X.

Sin embargo, esa nebulosa de generosidad y buena voluntad tenía su núcleo. Ciertamente, Marc Sangnier era un excelente cristiano, pero también era un demócrata convencido. Podía serlo; pero, por desgracia, a medida que transcurría el tiempo fue confundiendo cada vez más al cristianismo con la democracia, y se hizo más autoritario para que sus ideas personales fueran las del *Sillon*, hasta que la sumisión a Sangnier fuera el criterio del perfecto sillonista.

Miradas las cosas desde una distancia de medio siglo, parece que la carta de Pío X, que data de 1910, consiguió detener brutalmente a un movimiento que sólo era cristiano, maravillosamente homogéneo, que unificaba cuanto en Francia era católico sin ser reaccionario. Esto es un gran error. Desde 1900 a 1910, la acentuación de las ideas políticas y sociales de Sangnier y su autoritarismo aparta del *Sillon* a grupos enteros que formaban parte del movimiento desde que éste fue fundado.

La escisión más característica fue la de los grupos del Sudeste, que se produjo en 1905. Marius Gonin —fundador, con Adéodat Boissard, de las semanas sociales— fue el autor de la separación, denunciando "la apología exclusivista de un hombre y de una obra" y manifestando que se iba demasiado rápido. "No basta airear por toda Francia éxitos oratorios. Hay que procurar pacientemente que todas estas buenas voluntades se conviertan en voluntades confiadas, disciplinadas, lo cual no pueden conseguir jóvenes sacerdotes delirantes que rodean a Sangnier de oradores y turiferarios... Insensiblemente, la vida del *Sillon*, del que tanto se habla, va ocupando el lugar del catolicismo... En lugar de animar a los jóvenes a vivir católicamente, se cree hacer bien exhortándoles a vivir la vida del *Sillon*, que, según parece, es sólo la vida del puro catolicismo..." (pág. 82 y sigs.).

En 1907, el abate Desgranges abandona el movimiento. O más bien, es el propio Sangnier quien aparta al abate. En el *Sillon* del 10 de noviembre escribe Sangnier: "El amigo a quien extrañamos hoy... exageraba su humildad... reclamaba cada tres meses

su santo y seña... Aún lo estamos oyendo a él, sacerdote, agradecer efusivamente al *Sillon* por haber ahondado su alma sacerdotal y reconocer espontáneamente que, respecto de sus ideas políticas, *de las que no estaba muy seguro, por otro lado, las debía todas al Sillon*" (pág. 200). Estas líneas son reveladoras.

¿No escribirá más tarde Joseph Folliet: "La autoridad de Marc Sangnier, aceptada y solicitada por admiradores idólatras, llegó a veces a tener el aire de una suerte de dominio inapelable que entronca al *Sillon* con ciertos movimientos totalitarios de nuestra época, a los que se parece, por otra parte, en el empleo masivo de medios espectaculares de propaganda y en el cultivo sistemático de emociones colectivas"? (pág. 235).

Por su parte, Robert Cornilleau, al evocar la condena del *Sillon*, escribe: "Desde la condena del *Sillon* reinaba un cierto desconcierto entre los católicos demócratas. La mayor parte de ellos militaba en organizaciones sillonistas. Habían aceptado, por un sentimiento demasiado absoluto de confianza sentimental, el régimen centralizador a ultranza instituido por el *Sillon* y el mando único, incontrolable y sin contrapeso, de Marc Sangnier... Quizá no sea paradójico afirmar que el *Sillon* fue menos condenado por sus teorías democráticas que por su cesarismo místico, que parecía quitar a sus adeptos una parte de la libertad espiritual" (página 278).

La creciente centralización del *Sillon* aumenta con su democratización creciente. Se advierte esto en los encabezamientos y subtítulos de sus publicaciones. "Revista de acción católica", al principio, el *Sillon* se transforma en 1903 en "revista católica de acción social", subtítulo que pierde en 1904, para volver a tomar en 1905 el de "revista de acción democrática" (pág. 143). Más adelante tomará, no recuerdo en qué fecha, el de *L'Eveil Démocratique*, y en 17 de agosto de 1910 el de *La Démocratie*, en espera de adoptar el de *La Jeune République*.

Marc Sangnier suscita siempre el entusiasmo de las multitudes, pero la audacia de sus palabras, de sus pensamientos, de sus actitudes, desconciertan. En junio de 1908, habla (¡ya entonces!) en un congreso de la paz presidido por Combes, en La Rochelle. El escándalo fue grande, pero *L'Eveil Démocratique* declara tranquilamente que "Combes es el adversario decidido de nuestras creencias religiosas. Pero, ¿en nombre de quién le discutiremos que su adhesión al pacifismo es sincera? No hay una verdad laica y una verdad católica..." (pág. 206). A finales de 1905, Sangnier había publicado una obra teatral que produjo cierto revuelo. Según Fabrègues, "*Par la mort*" es un drama sillonista, en el

que el héroe, dueño de una fábrica, después de haberse comprometido, bajo la amenaza de huelga, a aumentar a sus obreros el salario durante cinco años, retracta su compromiso. Su hijo reniega espectacularmente de él: 'Camaradas, ya no soy el hijo del dueño, soy un huérfano, quiero ser el hijo de la verdad'. Pero el joven dueño no recoge más que ingratiitudes, y su único discípulo será muerto en sus brazos por los proletarios furiosos. El drama está amenizado por extrañas coplas de abuelo chocho sobre la *revanche*. La obra fue acogida fríamente, y hasta un viejo amigo del *Sillon*, François Veuillot, la encuentra "inquietante". Se reprocha a Sangnier el haber situado su obra en Hautmont, que es justamente donde se reúnen los propietarios católicos del Norte. El abate Desgranges intentó explicar la cosa, pero la explicación no agradó a Sangnier. Según el abate, el amo puesto en escena nada tiene de cristiano, y el hijo es castigado porque faltó a sus deberes filiales... Marc rechazó la explicación y, mientras *L'Eveil Démocratique* consagra la mayor parte de sus columnas a la defensa de *Par la mort*, comienza una campaña contra el *Sillon* limusino (2). Desgranges fue a París a quejarse y aprovechó la visita para hacerse explicar el funcionamiento del *Sillon* parisiense. "Nada más sencillo —se le respondió—: todo es Marc". Desgranges, que creía que *L'Eveil Démocratique* se publicaba gracias a una cooperativa, se asombra sin morderse la lengua: "Se trata de una monarquía". "Así estalla la guerra..." (pág. 185 y sigs.).

En 1907, Sangnier crea el mayor *Sillon*, que ya no es un movimiento católico, sino un movimiento abierto a todos los que "*participando o no de nuestra fe positiva*, estén verdaderamente animados por nuestro ideal cristiano, y por ello se encuentran capacitados para aportar a la democracia un sentido real de la justicia y de la fraternidad" (pág. 187). Va a Roma, donde es recibido en la forma más benévola (según la prensa sillonista), por el Papa, y habla allí de la "influencia social del catolicismo", declarando: "El clericalismo, he ahí al enemigo en Francia", en medio de los aplausos de una asamblea en la que se encuentran numerosos seminaristas "electrizados por su palabra" (pág. 195).

Los obispos se inquietan cada vez más. Mientras que en 1904 el abate Desgranges podía contar "400 cartas de cardenales, arzobispos, vicarios generales, superiores de seminarios" favorables al *Sillon* (pág. 144), desde 1905 a 1910 se hacen cada vez más numerosas y más precisas las reticencias. En 1906, los obispos de Soissons, Quimper, Verdun, Bayeux, Agen, Meaux dictami-

(2) Feudo político del abate Desgranges.

nan frecuentemente con dureza. Después, las prevenciones se multiplican en Burdeos, Montpellier, Toulouse, Grenoble, etc. Al final, casi todos los obispos prohíben a sus sacerdotes participar en los congresos del *Sillon*. "Pocos son los obispos que no atacan el movimiento de Sangnier: Mignot, de Albi (muy favorable al modernismo); Gibier, de Versalles; Chapon, de Niza" (pág. 198). La razón de tal cambio es muy clara: el *Sillon* se ha convertido en un movimiento político o confunde demasiado la acción política con la acción religiosa.

\* \* \*

El 25 de agosto de 1910 aparece la carta *Notre charge apostolique*, dirigida al episcopado francés.

Lo que al principio resalta más en esta carta tan poco conocida, en la que Etienne Borne no ve más que "tono hinchado", "acusaciones desmesuradas", "invectivas violentas", es la extremada benevolencia respecto de las personas y las soluciones positivas y honrosas que ofrece al *Sillon* para que éste pudiera salir del atolladero en que se había metido.

"Hemos dudado mucho tiempo, venerables hermanos —declara Pío X—, decir pública y solemnemente nuestro pensamiento sobre el *Sillon*. Ha sido necesario que vuestras preocupaciones vinieran a unirse a las nuestras para decidirnos a hacerlo. Porque amamos a la valerosa juventud enrolada bajo la bandera del *Sillon* y la juzgamos digna, en muchos aspectos, de elogio y admiración. Amamos a sus jefes, en quienes Nos reconocemos gustosamente almas elevadas, superiores a las pasiones vulgares y animadas por el más noble entusiasmo respecto del bien. Vosotros mismos los habéis visto, venerables hermanos, penetrados por un sentimiento muy vivo de la fraternidad humana, marchar al frente de los que trabajan y sufren, para ayudarlos, sostenidos en su entrega por su amor a Jesucristo y la práctica ejemplar de la religión".

Viniendo de un papa santo, hay que admitir que este juicio sobre los hombres del *Sillon* tiene valor.

Refiriendo rápidamente la historia del *Sillon*, Pío X añade que "levantó entre las clases obreras el estandarte de Jesucristo, la señal de salvación para los individuos y las naciones, alimentando su actividad social en las fuentes de la gracia, imponiendo el respeto de la religión en los medios favorables, acostumbrando a los ignorantes y a los impíos a oír hablar de Dios, y frecuentemente, en conferencias polémicas, frente a un auditorio hostil, levantándo-

se, estimulado por una pregunta o un sarcasmo, para proclamar alta y valerosamente su fe".

"Eran los hermosos tiempos del *Sillon*" —dice también el Papa—, porque después de comienzos prometedores, "el *Sillon* se extravió". Y sobre estos errores se extiende la carta.

Por lo que respecta a las conclusiones, Pío X invita a los sillonistas, sea a proseguir su actividad de "regeneración cristiana y católica del pueblo", pero bajo la dirección de los obispos y añadiendo explícitamente el epíteto de católico al nombre de sillonista, quedando entendido que las preferencias políticas personales son libres; sea a limitarse "a política o economía puras", caso en el cual los obispos no se preocuparían más de los sillonistas "que del común de los fieles". Pero si algunos grupos continuaban actuando equívocamente y perseverando "en sus antiguos errores", es decir, confundiendo fe y política, los obispos deberían actuar en consecuencia "con prudencia, pero con firmeza. Los sacerdotes habrán de mantenerse totalmente alejados de los grupos disidentes y contentarse con prestar el socorro del santo ministerio individualmente a sus miembros, aplicándoles en el tribunal de la penitencia las reglas comunes de la moral respecto de la doctrina y conducta".

Ciertamente, estas palabras hirieron cruelmente a quienes alimentaban el sentimiento cristiano de la exaltación democrática; pero ellas indicaron los caminos precisos, evitaron condenaciones absolutas, dejaron a los obispos y a los sacerdotes en libertad para dar a las declaraciones del Papa la significación concreta.

Así, en cuanto la carta de Pío X llegó a París, Sagnier reunió a sus amigos y por unanimidad, menos un voto, decidieron disolver el *Sillon*, aunque decidieron también continuar actuando en política. Entonces se planteó un problema: ¿se podía continuar publicando *La Démocratie*, que apareció el 17 de agosto? En principio, nada parecía oponerse a ello, ya que el mismo Pontífice autorizaba expresamente la acción política, siempre que no se presentara como acción religiosa. Nada se opuso, efectivamente. Interrogado por el arzobispo Amette, de París, a quien Sagnier había consultado sobre ello, el cardenal Merry del Val respondió el 16 de septiembre que "el Padre Santo no ve razón alguna para entorpecer la existencia de este nueva publicación, que podrá, por el contrario, hacer un gran bien" (pág. 224).

Se puede juzgar —¿qué es lo que hoy no se juzga y quién deja de juzgar?— que Pío X se equivocó al intervenir en la vida del *Sillon*; pero, ¿cómo no reconocer su extremada delicadeza y su perfecta lealtad, que demuestra al intervenir? Sin embargo,

éste no es el fondo del asunto. Si Pío X habló, era porque tenía algo que decir. ¿De qué se trataba?

\* \* \*

En el volumen consagrado a "la paz interior de las naciones" (3), la carta *Notre charge apostolique* ocupa veintiocho páginas. Es, pues, imposible reproducirla aquí (4). Nos contentaremos con recordar lo esencial de la misma.

Después de haber manifestado la esperanza que "los buenos tiempos del *Sillon*" hicieron nacer en su alma, Pío X declara que tal esperanza "ha sido en gran parte fallida". El *Sillon* "se extravió". Los consejos no faltaron a sus fundadores, y después incluso las amonestaciones. Pero "hemos tenido el dolor —dice el Papa— de ver que avisos y reproches resbalaban sobre sus almas huidizas y no tenían resultado alguno".

Citamos este texto, porque se ha hablado mucho de las "almas huidizas" del *Sillon*, como resumiendo el juicio hecho por Pío X sobre Sangnier y sus amigos. La expresión, ciertamente, figura en la carta, aunque dentro de un contexto que sin debilitarla la atenúa singularmente. Por otro lado, una cincuentena de líneas más arriba, Pío X se había complacido en reconocer en los hombres del *Sillon* "almas elevadas", superiores a las pasiones vulgares y animadas por el más noble entusiasmo respecto del bien".

Pío X comienza reprochando al *Sillon* su "pretensión... de escapar de la dirección de la autoridad eclesiástica", so pretexto de no perseguir más "que intereses de orden temporal", siendo así que los *sillonistas* son "verdaderamente profesores de moral social, cívica y religiosa", y que provenía de ese hecho su actividad "en el campo moral, que es el campo de acción propio de la Iglesia". Hay en ello "una falta muy grave de disciplina", tanto más cuanto que "el *Sillon*, llevado por un mal entendido amor a los débiles, se ha deslizado al error".

¿A qué error? Al de querer construir una ciudad cristiana sobre otros principios distintos de los cristianos. "No se edificará la ciudad en forma distinta de la forma en que Dios la ha edifi-

(3) Colección *Les enseignements pontificaux* (Desclées et Cie.).

(4) Hay que lamentar que Jean de Fabrègues no la haya reproducido en su libro. Esperamos que colme esta laguna en una próxima edición. Igualmente, esperamos que ponga una tabla cronológica de los principales acontecimientos de la vida del *Sillon*. Su narración es un vaivén perpetuo en el que uno se pierde.

cado. No se edificará la sociedad si la Iglesia no echa los cimientos y no dirige los trabajos. No, no hay que inventar la civilización ni hay que edificar en las nubes la nueva ciudad. Esta ha existido y sigue siendo la misma: hablamos de la civilización cristiana, de la ciudad católica. Es menester instaurarla y restaurarla sin cesar, sobre sus fundamentos naturales y divinos, contra los ataques siempre renacientes de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad: *Omnia instaurare in Christo*".

En primer lugar, la carta analiza largamente las ideas del *Sillon*, y luego habla de la encarnación de tales ideas en la vida práctica.

Respecto de las ideas, insiste en la falsa concepción de autoridad, libertad, obediencia, dignidad humana, mostrando luego cómo el *Sillon*, considerándose "el núcleo de la ciudad futura", encarna en su vida y en su organización esta falsa concepción. Se pretende "una amistad" donde todo se haga en libertad e igualdad: "El mismo sacerdote, cuando entra allí, rebaja la eminente dignidad de su sacerdocio y por la más extraña inversión de papeles se hace alumno, se pone al nivel de sus jóvenes amigos y ya no es más que un camarada".

En resumen, el *Sillon* no tiene más que un modelo y un ideal: la democracia. Pero este ideal no constituye una preferencia política, que sería lícita, sino que acaba siendo una exigencia tan apremiante, un exclusivismo tan estrecho, que se convierte en una especie de nueva religión que tiende a sustituir al catolicismo.

Permítansenos citar ampliamente unos pasajes fundamentales de la carta:

"En primer lugar, su catolicismo (el del *Sillon*) no se acomoda más que a la forma de gobierno democrática, que juzga ser la más favorable para la Iglesia e identificarse, por así decirlo, con ella. Infucuda, pues, su religión a un partido político. Nos no tenemos que demostrar que el advenimiento de la democracia universal no significa nada para la acción de la Iglesia en el mundo. Hemos recordado ya que la Iglesia ha dejado siempre a las naciones la preocupación de darse el gobierno que juzguen más ventajoso para sus intereses. Lo que Nos queremos afirmar una vez más, siguiendo a nuestro predecesor, es que hay un error y un peligro en enfeudar, por principio, el catolicismo a una forma de gobierno —error y peligro que son tanto más grandes cuando se identifica la religión con un género de democracia cuyas doctrinas son erróneas...

"Hubo un tiempo en que el *Sillon*, como tal, era formalmente católico. En materia de fuerza moral no reconocía más que una,

## ¿TIENE AUN SENTIDO LA CARTA SOBRE LE SILLON?

la fuerza católica, e iba proclamando que la democracia sería católica o no sería democracia. Vino un momento en que operó una revisión. Dejó a cada uno su religión o su Filosofía. Cesó de llamarse católico, y a la fórmula "La democracia será católica", substituyó esta otra: "La democracia no será anticatólica", de la misma manera que no será antijudía o antibudista. Esta fue la época del *plus grand Sillon*...

"... recientemente, el nombre del *plus grand Sillon* ha desaparecido, apareciendo una nueva organización...

"... católicos, protestantes, librepensadores quedan invitados para ponerse a trabajar...

"... ¿Qué pensar, finalmente, de un católico que al entrar en su círculo de estudios deja su catolicismo en la puerta para no asustar a sus camaradas que, "soñando con una acción social desinteresada, rechazan el subordinarla al triunfo de intereses, de grupos o incluso de convicciones, sean las que fueren"? Tal es la profesión de fe del nuevo comité democrático de acción social, que ha heredado el defecto mayor de la antigua organización y que, dice, "rompiendo el equívoco mantenido en torno del *plus grand Sillon*, tanto en los medios reaccionarios como en los medios anticlericales", está abierto a todos los hombres "respetuosos de las fuerzas morales y religiosas y convencidos de que ninguna emancipación social verdadera es posible sin el fermento de un generoso *idealismo*".

"Si, por desgracia, el equívoco esta deshecho. La acción social del *Sillon* ya no es católica. El sillonista como tal no trabaja para un grupo, y "la Iglesia —dice— no podrá ser por título alguno beneficiaria de las simpatías que su acción podrá suscitar"...

"... ¿Qué es lo que va a salir de esta colaboración? Una construcción puramente verbal y quimérica, en la que veremos reflejarse desordenadamente y en una confusión seductora las palabras libertad, justicia, fraternidad y amor, igualdad y exaltación humana, todo basado sobre una dignidad humana mal entendida. Será una agitación tumultuosa, estéril para el fin pretendido y que aprovechará a los agitadores de las masas menos utopistas. Sí, verdaderamente se puede afirmar que el *Sillon* se ha hecho compañero de viaje del socialismo, puesta la mirada sobre una quimera.

"Nos tenemos algo todavía peor. El resultado de esta promiscuidad en el trabajo, el beneficiario de esta acción social cosmopolita no puede ser otro que una democracia que no será católica, ni protestante, ni judía; una religión (porque el sillonismo, sus jefes lo han dicho, es una religión) más universal que la Iglesia

católica, reuniendo a todos los hombres, convertidos finalmente en hermanos y camaradas en "el reino de Dios". "No se trabaja para la Iglesia, se trabaja para la humanidad".

"Y ahora, penetrados por la más viva tristeza, Nos nos preguntamos, venerables hermanos, en qué ha quedado convertido el catolicismo del *Sillon*. Desgraciadamente, el que daba en otro tiempo tan bellas esperanzas, este río limpio e impetuoso, ha sido captado en su marcha por los enemigos modernos de la Iglesia y no forma ya en adelante más que un miserable afluente del gran movimiento de apostasía, organizado, en todos los países, para el establecimiento de una iglesia universal que no tendrá dogmas, ni jerarquía, ni reglas para el espíritu, ni freno para las pasiones, y que, so pretexto de libertad y de dignidad humana, consagrará en el mundo, si pudiera triunfar, el reino legal de la astucia y de la fuerza y la opresión de los débiles, de los que sufren y trabajan."

El Papa recuerda después lo que es la verdadera enseñanza social del Evangelio y exhorta a los obispos a que formen a los sacerdotes para que éstos se ocupen de los problemas sociales. "Que esos sacerdotes —dice— no se dejen seducir, en el dédalo de las opiniones contemporáneas, por el espejuelo de una democracia falsa; que no tomen de la retórica de los peores enemigos de la Iglesia y del pueblo un lenguaje enfático, lleno de promesas tan sonoras como irrealizables". É indica finalmente las "medidas prácticas" que hemos señalado más arriba y que deben permitir a los sillonistas aportar nuevamente "un concurso leal y eficaz" a la obra de restauración social.

\* \* \*

Tal es la famosa carta sobre el *Sillon* que suscita nuestra atención en el cincuentenario de la muerte de Pío X. ¿Aplasta ella a su autor, como piensa Etienne Borne? ¿Representa, como cree Georges Hourdin, una escuela teológica que podría satisfacer las necesidades de 1910, pero que no sirve para saciar las de 1964, que habrán de serlo por escuela diferente (y, según parece, opuesta), que encontraría su expresión en la *Pacem in terris*?

Pero, ¿no será más bien la carta sobre el *Sillon* siempre actual, y más actual ahora que en 1960, al menos en lo esencial?

Para apreciar certeramente la carta de Pío X hay que situarla bien. Contentémonos con algunos puntos de referencia. Ya hemos dicho que la carta no llegó a Francia como un juicio del Papa que se opusiera de improviso a la unánime opinión católica fran-

cesa. Hay quien ve en ella una victoria de la *Action Française*. Si así fuera verdaderamente, ello se debería a que Maurras había esgrimido argumentos que debían tener peso en el plano religioso. No olvidemos que en agosto de 1910 casi todos los obispos franceses, cuya mayor parte había apoyado calurosamente al *Sillon*, censuraban abiertamente las desviaciones del movimiento. Porque en esto estribaba todo el asunto. Hubo un primer *Sillon*, magnífico por su valentía cristiana, que después se fue transformando poco a poco en el *plus grand Sillon*, que bajo nombres diversos se fue haciendo más y más democrático y humanístico, aceptando los compromisos políticos más insólitos, y esto en una época de anticlericalismo virulento. Este *Sillon* de segunda edición confundió en dos aspectos: en el de las ideas, mezclando cristianismo y democracia; en el de la acción, permanciendo casi indiferente ante las persecuciones que padecía la Iglesia por parte de gobiernos violentamente anticatólicos. Hablar, como lo hace Etienne Borne, de "la horrible ingratitud de la carta sobre el *Sillon*", añadiendo que esta ingratitud "no era tan ligera, tan gratuita, tan inocente" (¿qué quiere decir con esto?), es burlarse de la realidad más objetiva y más incontestable.

En cuanto a la conexión con la encíclica *Pacem in terris* nos parece incongruente. La carta sobre el *Sillon* concierne a los católicos franceses que estaban a punto de extraviarse por una actividad errónea. El Papa los trata como a católicos, y aun como a católicos eminentes. Habla a los obispos y se dirige a los propios sillonistas para recordarles la pura doctrina evangélica que éstos se hallan a punto de olvidar, pero que conocen perfectamente. No trata de disimularla. Por otra parte, Pío X no se equivocó, como se puede juzgar por las reacciones de los mejores sillonistas, por ejemplo, Léonard Constant o Amédée Guiard (cf. págs. 219 y 222). La *Pacem in terris*, por el contrario, es una encíclica que se dirige no solamente a los católicos del mundo entero, sino a todos los hombres de buena voluntad. Juan XXIII se propone expresamente recordar a todos "el orden establecido por Dios", condición primaria de "la paz sobre la tierra, objeto del profundo deseo de la humanidad de todos los tiempos". Por tanto, ¿qué relación puede haber entre ambos documentos?

Imagino que Borne y Hourdin quedaron extrañados por el hecho de que *Pacem in terris* desarrolle principalmente los temas del orden natural y que invite a los católicos a una participación activa en la vida social, colaborando con todos los hombres y emulándolos. De esto concluyen probablemente que es lo contrario a lo que Pío X sostuvo en la carta sobre el *Sillon*. Pero

esto es olvidar algunos puntos elementales. Lo primero —repetimos—, que Pío X se dirige a católicos que, en principio, establecieron su actividad en terreno católico y que están en este respecto a punto de errar. Lo segundo, que Pío X denuncia precisamente las falsas concepciones que tienen de la naturaleza humana en cuanto se refiere a libertad, autoridad, justicia, etc. Lo tercero, que el medio político y social francés de 1910 no puede compararse con el ambiente mundial de 1963 y que, por ello, los problemas a que responden respectivamente Pío X y Juan XXIII no pueden medirse con la misma medida.

Poniéndose en la posición de Borne y de Hourdin, no es el *Sillon* el justificado por la *Pacem in terris*, sino más bien la *Action Française*. Hablando de las leyes naturales, dice Maurras: "Si las formulamos con los mismos términos que el pensamiento cristiano, tendríamos perfectamente el derecho de decir que este pensamiento cristiano está acorde con nosotros, como nosotros lo estamos con él en el terreno particularmente definido, específico y circunscrito de estas leyes." Precisamente sobre este tema, Maurras dialoga con Sangnier. Su positivismo se limita en este aspecto a las "leyes del universo": "Nuestra Filosofía de la naturaleza no excluye lo sobrenatural. ¿Por qué, en su sobrenatural, Sangnier no sobreentiende la naturaleza?" (págs. 121 y sig.) ¿Hemos de decir, entonces, que Pío XI está condenado por Pío X y por Juan XXIII por razones estrictamente contrarias?

Las comparaciones de este género nos parecen tan vanas como pueriles. Los documentos pontificios son simultáneamente actos de gobierno y enseñanzas doctrinales cuando tocan los grandes problemas del momento. Las enseñanzas no cambian, sino que son presentadas y formuladas de acuerdo con una situación dada. Sin ello, ¿qué utilidad tendrían? En lo que concierne a la oposición que existen entre la carta sobre el *Sillon* y la *Pacem in terris*, basta releer la segunda parte de la encíclica, que trata de las relaciones entre los hombres y los poderes públicos. Toda esta parte se desarrolla partiendo de la noción de autoridad. Recordemos las primeras líneas: "A la vida en sociedad le faltaría el orden y la fecundidad sin la presencia de hombres legítimamente investidos de autoridad, que asegurasen la salvaguardia de las instituciones y proveyesen en una medida suficiente al bien común. Su autoridad la poseen enteramente de Dios, como enseña San Pablo: «No hay autoridad que no proceda de Dios.»" ¿Hay en todo esto algo diferente de lo que encontramos en la carta sobre el *Sillon*?

Por otra parte, advirtamos que lo esencial de la carta sobre

el *Sillon* es hoy más actual que nunca, porque el error fundamental denunciado por Pío X es hoy, por desgracia, un error general. Decía Pío X que la democracia sillonista iba camino de ser "una religión", y una religión "más universal que la de la Iglesia católica, que reúne a todos los hombres llegados a ser por fin hermanos y camaradas en 'el reino de Dios.'" — "No se trabaja por la Iglesia, se trabaja por la humanidad."

Leyendo estas líneas, cómo no pensar en Teilhard de Chardin cuando escribe: "Una convergencia general de las religiones en un Cristo-Universal que, en el fondo, satisfaga a todas — ésta me parece ser la única conversión posible del Mundo y la sola fórmula imaginable para la Religión del futuro."

Esta confusión está hoy tan metida en el corazón del catolicismo francés, que hay que preguntarse si alguien podrá borrarla (5).

Es cierto que cuando decimos "el catolicismo francés" empleamos una expresión inexacta. Habría que decir más bien "el catolicismo francés según lo entienden ciertos dirigentes que monopolizan la prensa, los congresos y la radio". Los "fieles" (como se les llama tan acertadamente) resisten. Pero, ¿se ha visto alguna vez que la opinión pública resista durante largo tiempo a los procedimientos modernos de intriga y subversión?

Del actual estado del catolicismo francés (en el sentido mencionado) se pueden sacar evidentemente conclusiones exactamente opuestas a las nuestras. Nosotros sostenemos que la carta sobre el *Sillon*, que en 1910 no se refería más que a este movimiento, es hoy válida para todo el ambiente católico de Francia. Pero se puede sostener inversamente que dicha carta está completamente anticuada, porque los errores denunciados por Pío X se han convertido en verdades evidentes.

Sin embargo, ¿para quién son evidentes tales "verdades"? ¿Se atrevería alguien a decir que lo son para el Papa y los obispos? Por lo que al primero se refiere, no se ve claramente que las encíclicas *Mater et magistra*, *Pacem in terris* y *Eccelesiam suam* lleven agua al molino progresista. Y en lo que respecta a los obispos, se puede conjeturar que ante la amplitud del mal opinan que es menester la paciencia. Aunque el bisturi puede acabar con un absceso, es impotente ante la gangrena generalizada.

\* \* \*

(5) Sobre esta confusión, cf. nuestro artículo *La religion démocratique*, en *Itinéraires* de junio de 1963, número 74.

Para terminar, querríamos defender la memoria de Marc Sangnier de la constante difamación de que es objeto.

Cada vez que se habla de la podredumbre progresista se proclama muy alto que Marc Sangnier fue su padre. Esto es un falso cumplido. Si Sangnier y su *Sillon* despertaron en Francia ese eco, no fue por *L'Éveil Démocratique* y la *Démocratie*, sino por "la cripta" del colegio *Stanislas* y de las "Mil columnas", por los "hermosos tiempos del *Sillon*". A pesar de todo, hubo una época en que un hombre muy joven desafió a los proletarios des-cadenados para proclamar ante ellos el nombre de Cristo. Hubo otra en que, en torno de este hombre, otros muchachos se hacían apalear y hasta apuñalar por el solo nombre de Cristo. Fue el valor que mostraron afirmando su fe religiosa lo que suscitó el entusiasmo de un inmenso número de sacerdotes, de seminaristas y de laicos. Pero después todo se confundió, se mezcló, se volvió dudoso. Sin embargo, existió aquello, y eso es lo que cuenta. Imaginemos un *Sillon* que hubiera sido de pies a cabeza la *Démocratie* y la *Jeune République*. Haría mucho tiempo que ya nadie lo recordaría.

Y si se objetara que fue el mismo Sangnier el del *Sillon* en sus cien avatares, responderemos, por una parte, que es al mejor Sangnier y no al peor a quien rendimos este homenaje, y que, por otra parte, sin el mejor, nadie se acordaría del peor.

Pero el "peor" Sangnier ha sido hasta el final mil veces mejor que quienes se esconden detrás de él: pacifista, amaba verdaderamente la paz; amante de la humanidad, era humano. Nadie pensó, después de la última guerra, nombrarlo ministro de justicia. Como hombre público habría sido lo que fue como hombre privado. Las prisiones habrían soltado rápidamente a los inocentes y la amnistía no habría tardado en llegar. Por tanto, ¡que los cristianos sanguinarios dejen en paz su memoria!

Pero aun en el plano de los "movimientos" se pueden establecer filiaciones. Desde hace más de un siglo, existe un filón demócrata cristiano en el que lo bueno se mezcla con lo malo, y que, en el fondo, es siempre el mismo, salvo que lo malo va dominando cada vez más a lo bueno.

En su "Historia de la democracia cristiana" (Editorial Tradicionalista. Madrid, 1950, Cruz, 1). Robert Havard de la Montagne recuerda al movimiento de 1848. Releamos lo que dice: "En 1848, Ozanam, Lacordaire y el abate Maret fundan *L'Ère Nouvelle*, apoteosis del nuevo Derecho. El prospecto indica que los principios de 1789, las ideas de la revolución francesa inauguran "la era política del cristianismo y del Evangelio". En ello hay que

ver "una aplicación posible y cada vez más perfecta de ese espíritu de caridad y justicia, de ese principio de dignidad humana dado al mundo por la revelación divina". Asimismo, "una de las más hermosas conquistas de la razón", llevando "la forma política y social que de ella puede salir el gran nombre de democracia" y apareciendo como "la más perfecta que los hombres hayan podido conocer hasta el presente" (pág. 124).

Esta ilusión es perpetua, como es perpetuo el vocabulario. Se lo encuentra desde la misma revolución, que entusiasmó al principio a una gran parte del clero.

Por otro lado, no está prohibido pensar que los grandes principios revolucionarios hayan salido del cristianismo. A nuestros ojos, puede ello hasta ser cierto. Pero tales principios son sólo principios degradados y laicizados. "Respiráis la libertad, la igualdad, la fraternidad, porque siglos de impregnación cristiana os han dado el gusto y el deseo de ellas. Pero tal como las concebís, separadas del cristianismo, o, aún peor, opuestas a él, amenazan depararos otra cosa completamente distinta de lo que de ellas esperábais. Vosotros mismos, por otra parte, las interpretáis de extraña manera, puesto que negáis a los cristianos el beneficio de ellas".

Han pasado cerca de dos siglos desde la revolución. Haciendo su obra, el tiempo ha dulcificado ciertos conflictos y, desde muchos puntos de vista, las ideas de 1789 se han convertido en conservadoras. Pero el problema se vuelve a presentar con el comunismo.

La lógica más elemental de los demócratas cristianos debería unirlos a las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. Pero no sucede así, porque lo que les seducía de ellas era su carácter revolucionario. El día en que la revolución encuentre nuevos asuntos, los adoptarán. Por eso se está convirtiendo el comunismo en su ideal.

La democracia cristiana de 1848 estribaba en la libertad. La de 1910, en la igualdad. Hoy es la revolución en estado puro la que la seduce, sin que el carácter tiránico, ateo y anticristiano de aquélla la amedrente. Kruschef, Mao-Tse-Tung, Fidel Castro, Ben Bella son los dioses de la democracia cristiana.

Esta paradoja se explica sencillamente por el hecho de que, bajo la influencia del marxismo, los demócratas cristianos, transformados en progresistas, no creen en Dios más que de acuerdo con el "sentido de la Historia". Antes de creer en Dios, creen en la vida. Toda revolución es para ellos un brote biológico, una ascensión humana, divina por sí misma y única oportunidad de un

cristianismo que no puede menos que estar acorde con las leyes de esta revolución. El que millones de cristianos sean torturados, asesinados, reducidos a la esclavitud; que pueblos enteros se aparten de la fe, que la violencia universal triunfe, poco les importa. Cruzados de un nuevo estilo, cantan "Dios lo quiere" y se apresuran para que la Iglesia se adapte a semejante mundo de terror y de ateísmo.

Se concibe que en estas condiciones la carta sobre el *Sillon* parezca a muchos anacrónica. En realidad, les resulta insoportable. Porque es terriblemente actual la rechazan vehementemente. Es —para decirlo con exactitud— profética. Y los profetas molestan, no son amados.